

familia y SOCIEDAD

EL LAICADO Y EL LAICISMO

Andrés Jiménez Abad*

Nos hallamos en un momento en el que la modernidad ilustrada nos ha devuelto al desierto de un individualismo sin raíces, mientras se oye desde los cuatro puntos cardinales de la Iglesia que es preciso rehacer el entramado *cristiano* de la sociedad humana.



A los fieles laicos, a los bautizados presentes en el seno de un mundo gravemente herido de pragmatismo, corresponde de modo especial testificar con las obras que la fe cristiana constituye la única respuesta *plenamente* válida a los problemas y expectativas de cada hombre y de la sociedad. Pero eso sólo será posible si los bautizados sabemos superar en nosotros mismos la

fractura entre el Evangelio y la vida (Cfr. *Christifideles Laici*, nn. 17 y 34).

Podemos decir, confirmando los avisos de los últimos pontífices, que ha sonado en la Iglesia la hora del laicado. Precisamente ahora, en un tiempo pobre de esperanza.

La cultura y la fe

La cultura es, primariamente, el *cultivo* de lo específicamente humano. Brota del espíritu y, por su medio, el ser humano se va *humanizando* a sí mismo y al mundo en que vive. La primera labor cultural, raíz de todas las demás, es el cultivo interior de la propia persona, el cultivo perfectivo de nuestra naturaleza, porque no se da lo que no se tiene, y porque el obrar es manifestación del ser. Puede afirmarse que la raíz de la cultura – entendida como cultivo de lo humano – está en la conciencia, en el juicio acerca del valor de las cosas y de uno mismo. Y por eso, al contemplarse a la luz del Verbo encarnado, el ser humano se conoce plenamente a sí mismo y descubre su dignidad.

La fe en Cristo -la experiencia del encuentro personal con Él-, y la caridad, que es su expresión operante, suponen la más profunda manifestación de la dignidad de cada hombre y cada

* Andrés Jiménez Abad. Catedrático de Filosofía

mujer, y ofrecen sentido, firmeza y fecundidad a la tarea de humanizar el mundo y la vida. Y por eso la fe y la caridad, vividas en *la concreción de lo cotidiano*, son fuente de verdadera cultura.

No debe olvidarse que la vida de fe no se agota en sus resultados históricos, que siempre serán perfectibles y, algunos, incluso discutibles; pero a la vez puede y debe generar múltiples y pujantes realidades culturales y humanas. Una fe que no se hace cultura es una fe insuficiente. Si, además, como hemos dicho, la vida cotidiana es fuente primaria de la cultura, para muchos, ser dentista, locutor o empresario, por ejemplo, es el modo concreto que tienen de vivir y ser cristianos. Para otras personas ser cristiano significará ser pintor, o deportista, o profesor, o abogado. O amigo, o estudiante, o ama de casa... Y serlo a fondo, de todo corazón.

Tales dedicaciones no son un añadido o suplemento a su condición de creyentes, sino, precisamente, la concreción, siempre mejorable, de su fe. Y desde ellas viven en el corazón de este mundo su existencia única.

Ellos no ejercen de cristianos por el hecho de ser, además, catequistas o lectores en la celebración de la Palabra, por ejemplo; o por rezar determinadas oraciones antes o después de su trabajo; o por participar en determinados actos de culto. Eso, si es el caso, está francamente bien, pero *la concreción de su fe se produce de modo más esencial precisamente en aquello a lo que dedican normalmente su vida*: en sus relaciones con las cosas, en sus relaciones con los hombres, y claro está, en sus relaciones con Dios. Y ello tanto en la vida de intimidad como en el ágora de la vida pública. La fe, o sirve para vivir la vida cotidiana con más plenitud, o no sirve, es insuficiente.

El bautismo, la raíz

El bautismo, que es la inserción en Cristo por la Iglesia, es la fuente de la fe. Y con ella es fuente, también, de la conciencia de la propia dignidad. El bautismo nos hace 'Cristo' y partícipes del triple don de su encarnación, que los laicos hemos de vivir específicamente desde *el corazón de las realidades del mundo*:



- *Sacerdotes* en la consagración de la cotidianidad, encargados de santificar todos los momentos del día. Cualquier actividad de nuestro trabajo o de nuestro ocio, hecha con el amor con que Dios ama a cada hombre y mujer, es creación y redención: estudiar, divertirse, un trabajo competente o una cama bien hecha. Algo de esto se vivía en Nazaret, en el seno de aquella familia tan especial y al mismo tiempo tan *como todas*.

- *Profetas*, testigos de lo que Cristo ha revelado acerca del hombre en su integridad, obligados a ser conocedores de la naturaleza de las cosas y del orden que les corresponde, que Dios concibió en el principio.

- *Reyes*, encargados de ordenar todas las cosas según su naturaleza creada, como signos del Reino de Dios, por medio de la prudencia, la diligencia y la pericia humanas.

La misión del laicado, precisamente en esta hora de *laicismo*, es la de ser en las realidades comunes de cada día testigos imitables de la resurrección y de la vida de Cristo, señales tangibles de que Dios vive y le importamos. La resurrección significa que el pecado no tiene ya el dominio sobre nosotros. Y de eso han de ser testigos los que han conocido a Cristo, del hecho que ha *cambiado* sus vidas. Precisamente la acusación de Nietzsche a los cristianos era la de no tener aspecto de resucitados.

La tarea evangelizadora de los bautizados laicos es "poner en práctica todas las posibilidades cristianas y evangélicas escondidas, pero a su vez ya presentes y activas en las cosas del mundo." Porque hay en las cosas del mundo una "capacidad cristiana" que espera el amor de hombres y mujeres impregnados del Evangelio - ese "amor especial" de Cristo que es una pasión por el hombre y por las cosas-, hombres y mujeres responsables de estas realidades, claramente comprometidos en ellas, competentes para promoverlas, y conscientes de que es preciso desplegar su plena capacidad cristiana, tantas veces oculta y asfixiada, de forma que no pierdan ni sacrifiquen nada de su coeficiente humano sino que, al contrario, manifestando una dimensión trascendente a menudo desconocida, sirvan a la redención en Cristo. (Cfr. *Evangelii Nuntiandi*, n. 70)

La única vida de la que disponemos cada uno exige que de la fuente de la fe -del encuentro

personal con Cristo- emanen aportaciones culturales, políticas, sociales, familiares, etc., siempre relativas y mejorables por tratarse de obras humanas, pero a través de las cuales el mundo, con riesgos y con altibajos, es configurado paulatinamente como justo, habitable y acogedor para todo ser humano.

No por ello se atenta contra la legítima autonomía de esas realidades. Antonio Gaudí, era un gran arquitecto y Alcide de Gasperi un gran político, por ejemplo. Sabían mucho de lo suyo, y eso no era un obstáculo sino, precisamente, el medio a través del cual se expresaba su vida de fe. Las cosas creadas y la sociedad misma gozan de leyes, exigencias y valores propios, que han de ser descubiertos y ordenados con competencia y con esmero; y ello no sólo cediendo al reclamo de los hombres, sino por la misma voluntad de Dios, porque son buenas en el origen. Porque son huellas de su amor originario y culminante (cfr. *Gaudium et Spes*, 36) y están llamadas también a ser *templo*, lugar de encuentro cotidiano con Dios.

El concepto de *laicidad* ("sana laicidad", como ha dado en precisarse para distinguirla del *laicismo* excluyente) se refiere a la consistencia esencial de las cosas creadas en sí mismas, que tiene un valor real y objetivo para el creyente y para el no creyente, aunque los creyentes, los cristianos, podamos ver en ellas, además, sus relaciones con Dios como criaturas suyas, alcanzando así a percibir un significado aún más hondo y más humano, lo cual, obviamente, no resta nada de su bondad, su belleza y su verdad a tales cosas. En esta línea de consideraciones, es perfectamente comprensible que la ciencia, por ejemplo, pueda considerarse "laica", es decir dotada de una autonomía y consistencia apoyada en la naturaleza desentendimiento y en la realidad objetiva de las cosas, que todos podemos descubrir y tenemos que respetar, y que, además, los creyentes debemos utilizar según la voluntad de Dios, la cual en nada perjudica a la naturaleza de las cosas ni al entendimiento

humano, sino todo lo contrario, por ser Él su Creador. Y por eso, también, un bautizado puede santificarse a través de su actividad como científico, siendo, un "buen científico" y no sólo un científico "bueno".

El laicado, un testimonio de esperanza para el mundo de hoy



Los cristianos participan de la contingencia de lo temporal, pero su fin no es el paraíso en la tierra, sea cual sea su modalidad; su fin y su tarea es hacer presente en la historia la fecundidad de la Gracia, estar en el mundo con un rostro nuevo, el de la pertenencia radical a Cristo.

El cristiano, por la experiencia de humanidad que se halla en el encuentro personal con Cristo, "sabe más" del ser humano y, desde ese saber que es su experiencia, es urgido a potenciar todo lo humano para que se exprese en él el Amor originario que lo sostiene y para se haga posible el acontecimiento de la gracia. Lo cristiano es amar al mundo como lo ama el mismo Dios, que le entregó a su Hijo único; lo cristiano es hacer presente una nueva evidencia: que se vive mejor y con

más realismo desde la caridad, cuya forma definitiva será la comunión en Dios, más allá de la historia.

Así, la familia, el trabajo, la diversión, la amistad o la política pasan a ser eficaces medios de crecimiento en la gracia, auténticos caminos de santidad. Tener la mirada puesta en la santidad que proporciona la gracia santificante, da sentido a todo estado eclesial, especialmente el laical, pues "la gracia no destruye la naturaleza, sino que la perfecciona" (Tomás de Aquino, *S. Theologiae* I, q.1, a.8 ad 2).

La educación, la técnica o la economía no *salvan* al hombre, pero necesitan ser *salvadas para humanizar* verdaderamente el mundo. Los laicos, los bautizados llamados por Dios a vivir en esas realidades y en tantas otras, somos, a través

de ellas y como sujetos activos de las mismas, *responsables de nuestro tiempo*. Frente a la cultura *laicista*, en la que se vive como si Dios no fuera necesario, es preciso recuperar, por una parte, el ámbito de la "sana *laicidad*", la legítima autonomía de las realidades temporales, y por otra la *laicalidad*, la presencia efectiva y pujante de hombres y mujeres que humanizan, santifican y dan sentido pleno al mundo y al tiempo en los cuales viven inmersos, desde la mirada y desde el Amor de Dios. Que saben de "lo suyo", lo valoran y lo convierten en lugar de encuentro con Dios y en azotea para gritarlo esperanzados a todos con su vida (que incluye, entre otras cosas, su competencia y su creatividad).

Hombres y mujeres que comparten con todos los demás las incertidumbres de la vida cotidiana, en el corazón del mundo, pero transformados por la experiencia del encuentro personal con Cristo, están llamados a contribuir a la transformación de ese mundo según el Corazón de Dios. Tal vez muchos de sus amigos y de sus compañeros de trabajo o de diversión no pensarán nunca en pisar una Iglesia. La única Iglesia que pueden conocer será seguramente la compañía de sus amigos, cristianos laicos que conviven día a día con ellos.

En otros momentos de la historia aparecieron formas especiales de vida cristiana y ciertamente no han dejado muchas de ellas de tener pujanza; pero hoy parece haber sonado en la Iglesia, de manera providencial, la hora del laicado. No veamos en ello una rara forma de privilegio, sino ante todo una responsabilidad.

Hoy se extiende como fuego desatado por un campo de mieses una visión reduccionista de la relación entre el mundo y la presencia de Dios, el *laicismo*. Es fruto, en parte, de una ofensiva hostil contra la religión, especialmente contra la religión cristiana; en parte, también, del silencio culpable de los cristianos que no ofrecen una respuesta propositiva, creíble, razonable, ilusioante, desacomplejada y audaz.

El laicismo actual se funda en la pretensión de que la razón por sí sola, excluido el lastre de la fe en Dios, es la que abre los caminos a la libertad y al progreso del ser humano. Pero es preciso

que desde los mismos areópagos en los que se pregona tal idea, se escuche también, de voces autorizadas, que si la razón no se abre a la fe se absolutiza a sí misma. Que el laicismo, en el fondo, es una fe –y una fe radicalizada–, y por tanto, que no es verdadera laicidad –respeto mutuo y complementariedad entre la naturaleza y la gracia– sino arrogancia de la razón.

Se echa especialmente en falta, en los escenarios de la cultura, la presencia de hombre y mujeres capaces de responder con agudeza, lucidez y poder de convicción a los problemas e interrogantes de nuestros contemporáneos desde los mismos medios de comunicación, cátedras, parlamentos, empresas, ámbitos sanitarios... en los que se plantean las preguntas, las dudas, los ataques a Dios y contra la Iglesia.

Es preciso mostrar con la vida, y con argumentos convincentes que Dios y el hombre no son enemigos, que la verdad y la libertad no se excluyen, que la vida eterna no es una huída de la temporal. Al contrario: son una mirada capaz de ver más hondo, más positivo, más humano. El laicismo se extiende hoy no sólo por la audacia de los enemigos de la fe cristiana. El mal, dijo alguien, avanza porque los buenos, al parecer, no hacen nada.



Como ha escrito un clarividente defensor de la dignidad y las exigencias de la índole secular del laicado católico, "el olvido de la auténtica misión del laico es nefasto para la Iglesia y el mundo. Arrastra a un clericalismo que inconscientemente lleva a parte de la jerarquía a querer regular directamente lo temporal desde el punto de vista de los intereses religiosos, sin respetar esa autonomía –no independencia– de lo profano de que nos habla el Vaticano II y los Papas más recientes. La consecuencia pastoral de esta actitud no ha podido ser más funesta. Ha favorecido, por una parte, la inercia de los laicos, que se han inclinado a vegetar en clima de sujeción mal entendida, de pasividad amorfa. Ha dado alas, por otra, al laicismo para avanzar en la sociedad, al no encontrar bautizados laicos preparados para afrontar sus responsabilidades cristianas en el mundo desde dentro." (T. Morales. *Hora de los laicos*. Madrid, 2003, pág. 35) ■